



· **Documentos**

· **La verdad como tarea\***

· *RUBÉN SALAZAR GÓMEZ\*\**

“¿Qué es la verdad?” (Jn 18,38). Esta pregunta, hecha por Pilato dentro del proceso que el procurador de Judea adelantó para condenar a muerte a Jesús de Nazaret, nos plantea una cuestión fundamental para todo ser humano, que está íntimamente relacionada con la búsqueda del sentido de la identidad del hombre y de la realidad que lo rodea, del sentido de la existencia humana y su puesto al interior de lo que existe, del sentido de la historia, del desarrollo, del fin último de la humanidad y del universo.

### **RESPUESTA HOY A ESTA PREGUNTA FUNDAMENTAL**

Las respuestas a esta cuestión han sido muy variadas a lo largo de la historia de la humanidad, y en nuestros días pueden adquirir todos los tonos y matices posibles, de tal manera que –como nunca antes– asistimos a una multiplicidad de respuestas que con frecuencia acallan el verdadero sentido de la pregunta.

---

\* *Lectio inauguralis*, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 16 de febrero de 2012.

\*\* Estudios de Filosofía, Seminario de la Inmaculada Concepción, Ibagué; Licenciado en Teología Dogmática, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma; Licenciado en Ciencias Bíblicas, Pontificio Instituto Bíblico, Roma. Fue ordenado sacerdote para la Arquidiócesis de Ibagué, el 20 de mayo de 1967, y obispo, el 25 de marzo de 1992; obispo de la Diócesis de Cúcuta (1992-1999); Arzobispo Metropolitano de Barranquilla (1999-2010); Arzobispo Metropolitano de Bogotá y primado de Colombia desde 2010. Ha sido presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia durante el periodo 2008-2011 y reelegido para el periodo 2011-2014; elegido, además, primer vicepresidente del Celam para el periodo 2011-2015.

Vivimos una época de profundos cambios que tienen una repercusión global en todos los campos de la existencia humana. En palabras del *Documento conclusivo* de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe reunida en Aparecida en mayo del 2007:

La novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un alcance global que, con diferencias y matices, afectan al mundo entero [...]. Esta escala mundial del fenómeno humano trae consecuencias en todos los ámbitos de la vida social, ya que impacta la cultura, la economía, la política, las ciencias, la educación, el deporte, las artes y también, naturalmente, la religión. (Nos. 34 y 35).

Una de las características de este cambio global es la de poner en tela de juicio todo lo que se ha recibido por tradición de las generaciones anteriores. La ciencia y la tecnología aparecen como las únicas fuentes válidas de conocimiento y, como éstas cambian vertiginosamente con nuevos hallazgos que destruyen los conocimientos anteriores, se ha creado la tendencia a un fuerte relativismo. Lo nuevo, lo último, lo innovador es lo único válido. Todo lo anterior queda reducido a un recuerdo. Y si esto es así, no hay conocimiento que penetre realmente en la realidad, sino que todo acercamiento a ella se convierte en un balbuceo transitorio que muy pronto quedará obsoleto.

Por otra parte, la capacidad de las nuevas tecnologías mediáticas de crear redes de comunicación de alcance mundial, que permiten una vivencia simultánea de los acontecimientos, ha ido rompiendo todas las barreras y permitiendo un intercambio de opiniones que presentan interpretaciones diversas de la realidad, a veces, contradictorias, que se presentan como igualmente válidas. De esta manera, la realidad se vuelve cada vez más opaca y compleja para el ser humano, y le exige la búsqueda afanosa e insaciable de la información que le permita descubrir, más allá de los fragmentos, una visión completa de la realidad.

A este fenómeno se une la exaltación de la autonomía humana. A Dios se lo ve cada vez más como un intruso que viene a coartar la libertad, a imponer una visión de la realidad que parece contradecir lo que el hombre descubre con su inteligencia por medio del avance de la ciencia y de la tecnología, y se experimenta como necesidad sacudir el yugo de la existencia de Dios, para afirmar en todo su valor las capacidades de la inteligencia.

Dios aparece como un dato más del pasado que ya ha perdido su actualidad y que hay que descartar como inútil o incluso perjudicial para el verdadero

desarrollo humano. Dios no es ya el que determina la naturaleza de su creación, sino que el hombre puede disponer de ella a su antojo, cambiando lo que parecía inmutable, redireccionando lo que tenía una determinada dirección, manipulando aquello que parecía esencial.

Uno de los aspectos de esa realidad es la naturaleza humana y ésta adquiere también las características que se afirman de la realidad en general: puede ser interpretada de diferentes maneras, incluso contradictorias, porque esta interpretación no tiene por qué regirse por la existencia de un Dios creador que pretende poner en el corazón mismo de su criatura el sentido y el fin su existencia. La aparente naturaleza humana puede ser alterada, modificada, re- hecha. Se rechaza toda norma, todo sentido recibido, toda obediencia.

Estas características del cambio actual contagian también la respuesta acerca de la naturaleza de la verdad. Santo Tomás de Aquino definió la verdad como la *“adaequatio rei et intellectus”*, la adecuación entre la realidad y el entendimiento. Teniendo en cuenta las afirmaciones anteriores, ésta sería hoy la interpretación de esa definición: si la realidad es cambiante también es cambiante la adecuación del entendimiento a la realidad, y la verdad, adecuación de la realidad y el entendimiento, es también una verdad cambiante. No habría, por tanto, una verdad absoluta, sino muchas verdades relativas; aún más, no habría la posibilidad de la verdad, y el ser humano debería renunciar a alcanzarla. Todo conocimiento no llegaría sino a afirmaciones relativas, todas igualmente válidas.

Si esto es así, si no existe una verdad absoluta de la que se deriven principios absolutos, el sentido de la existencia humana es también relativo, porque queda a merced de la interpretación de cada uno, plenamente autónomo en el direccionamiento de su ser. El individuo se hace así dueño de dar a su existencia el sentido que desee; pueden ser sentidos cambiantes según las circunstancias, pueden ser sentidos yuxtapuestos e incluso contradictorios entre sí. De esta manera se fragmenta la existencia. Ya no hay unidad ni coherencia. La persona puede ser muchas personas diferentes al mismo tiempo. Ninguna satisface. Ninguna da la felicidad.

Frente a esta realidad de fragmentación y de limitación, se sienten sentimientos de frustración, de ansia, de angustia, de desorientación permanente, que llevan a la búsqueda de salidas que generalmente desembocan en adicciones que dan alguna seguridad: se recurre al alcohol, a las drogas, al sexo, o a sucedáneos como el trabajo ininterrumpido, a la búsqueda desenfrenada del dinero, de la

fama, del poder. El individuo se encierra cada vez más dentro de sí mismo y pierde toda referencia a los demás, a quienes solo logra ver como instrumentos para alcanzar sus propósitos o como estorbos que deben ser eliminados. Se rompen las relaciones interpersonales, las relaciones sociales. Cada cual vive en su propio ego, en su propia soledad.

Esta realidad individual y social se refleja con fuerza en la oscuridad que domina la sociedad actual: nadie sabe para dónde ir, ni en lo social, ni en lo político, ni en lo económico, ni en lo afectivo, ni en lo sexual. Tampoco se sabe a dónde ir en el campo religioso. La religión se convierte en una especie de tranquilizante: cada cual se fabrica un dios a su propio acomodo, para el cual se inventan ritos propios, al cual se le sacrifica la propia vida desprovista de sentido.

Esta visión del mundo contemporáneo podría parecer demasiado negativa. En realidad, no todo es oscuro, pero una vez más se constata cómo, cuando se suprime a Dios y el hombre se pone en el puesto de Dios, se pierde el sentido profundo de la realidad y de la humanidad; y entonces, aun aquello que es positivo, como el respeto a los demás, la búsqueda de la realización personal, la valoración del individuo, el anhelo de libertad, la conciencia de universalidad, y tantas cosas más que iluminan hoy el panorama de la humanidad, corren el riesgo de empequeñecerse, de vaciarse de su riqueza, de tergiversarse, de volverse contra el propio hombre.

Se hace realidad lo afirmado por San Pablo en la Carta a los Romanos: “Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias. Antes bien, se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció, jactándose de sabios se volvieron necios.” (Rm 1,21).

## **LA RESPUESTA A LA LUZ DE DIOS, MANIFESTADO EN JESUCRISTO**

En este contexto resuenan con toda su fuerza las palabras del papa Benedicto XVI, en su discurso inaugural de la Conferencia de Aparecida: “Solo quien reconoce a Dios conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y plenamente humano.”

Con esas palabras, el Papa interpreta la búsqueda permanente del ser humano acerca del sentido de su ser y, por tanto, de la verdad. Sí. Solo en Dios puede el ser humano hacerse plenamente humano, al dejarse iluminar por su luz y fortalecer con su fuerza, al hallar en él el cumplimiento de su ansia de verdad, de belleza, de bondad, de amor. “Mi alma está sedienta de ti, mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua.” (Sal 63).

Con estas palabras interpreta el salmista la realidad de la búsqueda incesante del corazón humano de aquello que le rompa su propia limitación, que lo libere de su propia pequeñez, que le abra horizontes de perfección y de plenitud; y el mismo salmista podía constatar que “solo en Dios descansa mi alma porque él es mi salvación” cuando contemplaba a Dios como la respuesta a la búsqueda del sentido de su existencia (Sal 62).

Pero ¿quién es ese Dios que no destruye al hombre sino que lo plenifica y lo lanza más allá de sus propios límites y equivocaciones?

No es el invento engañoso del hombre frustrado ante su propia incapacidad; no es la proyección fantasiosa de sus anhelos y deseos; no es el sucedáneo para enfrentar las luchas y las conquistas de la vida; no es el Dios que releva al hombre en el cumplimiento de sus obligaciones de dominar la creación. No.

Por el contrario. Es el Dios que se nos manifiesta en la perfección increíble del universo, porque “lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad” (Rm 1,20) y nos abre el campo de un acercamiento respetuoso y amable a lo que existe para perfeccionar su creación. Es el Dios que nos ha creado “a su imagen y semejanza” (Gn 1,27) para permitirnos entrar en una correcta relación de amor con él ya que nos habla –y todos lo escuchamos si hacemos silencio– en lo íntimo de nuestro corazón porque allí es donde él nos muestra lo que nos humaniza o nos aliena. Es el Dios que “cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo, nacido de mujer [...] para que recibiéramos la condición de hijos” (Ga 4,4) y darnos así “la gracia y la verdad” (Jn 1,17).

Sí. En Jesucristo conocemos el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro del hombre. En Jesucristo conocemos el verdadero rostro de Dios, porque en él, el *logos* (cfr. Jn 1,1-18), el *primogénito de toda criatura* (cfr. Col 1, 15), vemos al Dios que ha creado todas las cosas con infinita sabiduría y les ha dado un orden fundamental, una “ecología”, que debe ser respetada para que el universo pueda ser fuente de vida para el hombre. Y en ese universo ha creado al ser humano, varón y mujer, dotados también de un orden intrínseco fundamental, de una verdadera “ecología humana”, y los ha llamado a participar de la vida divina, para que al ser conducido más allá de los límites creaturales, el ser humano pueda alcanzar la plenitud que anhela en lo íntimo de su ser.

Al contemplar a Dios presente en Jesucristo crucificado, se comprende cómo Dios es aquel que “tanto amó al mundo que le entregó a su propio Hijo

para que el que crea en él no perezca sino que tenga la vida eterna” (Jn 3,16); es aquel que en el Crucificado y Resucitado ha asumido toda nuestra miseria, nuestro pecado y nuestra muerte, para vivificarnos con la fuerza de su Espíritu, y por eso, nada de lo humano le es extraño sino que se acerca al que sufre, al disminuido, al alienado, al que ha perdido la vida (cfr. Mc 1.2.4.5), para liberarlo de sus cadenas y devolverle la luz, la fuerza, la paz, la vida. Es el Dios que nos atrae hacia su Hijo, para que vencamos la alienación del pecado y de la muerte y podamos acceder a él con confianza porque su Hijo nos ha abierto el camino que nos permite llegar hasta él (cfr. Hb 10,19).

Y en Jesucristo conocemos también el verdadero rostro del hombre, porque descubrimos cómo en Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, “la luz verdadera que ilumina a cada hombre” (Jn 1,9), cada ser humano ha sido creado para entrar en profunda relación de amor con Dios y con los demás; para llegue a descubrir, con el recto uso de su inteligencia y su voluntad, el misterio de la vida y de la muerte, de lo que humaniza y de lo que aliena, y tomar las opciones que lo conduzcan siempre a la vida para superar la muerte; para poner toda la creación y su propia vida al servicio de sí mismo y de los demás; para romper cada día más las cadenas del error y de la mentira y alcanzar la verdad y, con ella, la libertad; para alcanzar, más allá de la muerte, la plenitud de la vida, respondiendo con la fe a la revelación del Dios que se manifiesta en su Hijo Jesucristo, vencedor de la muerte, caminando a lo largo de su existencia en unión con sus hermanos siguiendo a Jesús por el camino que él ha inaugurado con su muerte y resurrección.

Ese ser humano creado por Dios, por medio de Jesucristo, es capaz de la verdad, de la libertad, de la vida.

Es capaz de la verdad, porque en medio de las opiniones más variadas y de las interpretaciones más dispares, puede discernir con su entendimiento la verdad, aquella que –más allá de conceptos y palabras– se encuentra cuando se entra en relación profunda de amor con aquel que nos ha amado hasta el extremo (cfr. Jn 13,1) y que es la misma verdad (cfr. Jn 14,6).

Es capaz de la libertad, porque al haber encontrado la verdad en Cristo, puede romper, con la fuerza de su voluntad, fortalecida por la pasión del Hijo de Dios, todo lo que lo aliena y esclaviza, todas las manifestaciones del pecado y de la muerte, y encontrar la libertad para caminar por los senderos del amor, ya que Cristo es el camino (cfr. Jn 14,6).

Es capaz de la vida porque, al haber encontrado la verdad y caminar por el camino del amor, alcanza la vida, la vida en plenitud, la vida que Dios le da por medio de su Espíritu, la vida que es Jesucristo, aquel que dio la vida para que nosotros tuviéramos vida (cfr. Jn 14,6; 10,10).

Estos son los aspectos fundamentales de la realidad que se descubre cuando se acepta a Jesucristo como revelación del Padre Dios y se abre el corazón para recibir el Espíritu que conduce a la verdad plena (cfr. Jn 16,13). Y, por tanto, es la realidad cuya verdad cada ser humano está llamado a desentrañar, cada día, para poder encontrar la plenitud del sentido de su existencia; y que, desde el seno de la Iglesia, cada discípulo del Señor debe llevar a los demás para poder ser “luz del mundo y sal de la tierra” (Mt 5,13-14).

Descubrir la plenitud de la verdad de esta realidad se convierte en una aventura estupenda, porque se descubren todos los días virtualidades nuevas de vida y plenitud; porque se ahuyentan las tinieblas de un mundo sin Dios y sin sentido; y el ser humano se hace verdaderamente humano, ya que lo conduce a participar, aquí, mientras peregrina en la tierra y más allá de la muerte, de la vida de Dios, aquel que lo creó a “su imagen y semejanza” (cfr. Gn 1,26).

## **LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD COMO TAREA Y EL PUESTO DE LA TEOLOGÍA**

Esta verdad, que se descubre más por la experiencia del amor que por la elucubración del entendimiento, se constituye, sin embargo, en una tarea, ya que debe ser objeto permanente de investigación, de discernimiento, de conocimiento, de experiencia existencial. Es una tarea que compete a todo ser humano, si quiere ser fiel a su origen y a su vocación y misión. Pero es una tarea en la cual cada ser humano debe ser ayudado para que la pueda realizar correctamente. Éste es el sentido y el objetivo de la teología.

Teología, es decir, palabra sobre Dios; palabra sobre Dios que desentraña el misterio del Dios “que nadie ha visto jamás pero cuyo Hijo, que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer” (Jn 1,18); que expresa en lenguaje humano lo inefable de Dios, es decir, hace pronunciables aquellas “palabras inefables que el hombre no puede pronunciar” (2Co 12,4); que permite desentrañar el sentido del ser humano a la luz del misterio de Dios, ya que no hay nada más profundamente humano que lo divino; que debe iluminar el conjunto del conocimiento humano, ya que Dios es el fundamento de todo

lo que existe, de todo lo que él mismo, al crearlo, ha colocado a los pies de los seres humanos; que debe iluminar el camino de la humanidad sobre la Tierra, para que ésta y en ella, cada ser humano pueda encontrar la plenitud de la vida aquí y más allá de la historia.

La teología está, por tanto, en el centro del conocimiento humano y debe constituirse en el alimento permanente de todo lo que atañe a la búsqueda de la verdad, basada en la búsqueda sincera de Dios que nos salva en Jesucristo y nos da su Espíritu por medio de la fe. La teología se hace la “fe que busca entender”, “*fides quaerens intellectum*”, como la definía San Anselmo de Canterbury. Es que no puede darse una auténtica teología que no nazca de la fe y no conduzca hacia la fe.

Por esta razón, la teología tiene como finalidad fundamental alentar, animar y fortalecer la fe, para que la mente humana pueda descubrir cómo es llevada a la comprensión de aquella realidad que por sus propias fuerzas no puede alcanzar plenamente. Esta es una fe que debe abarcar toda la existencia humana, tanto individual como social, y que por tanto debe iluminar todos los ámbitos del conocimiento humano, para que éste llegue a la verdad e impregne de verdad todas las realidades de la humanidad y del universo.

En este sentido, la Facultad de Teología debe ser el centro de una universidad católica, como lo expresa Benedicto XVI, inspirándose en la constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae* de Juan Pablo II:

La misión originaria y siempre actual de la universidad católica es hacer investigación científica y actividad didáctica según un proyecto cultural y formativo coherente, al servicio de las nuevas generaciones y del desarrollo humano y cristiano de la sociedad, [porque] si toda universidad tiene como misión fundamental la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad, una comunidad académica católica se distingue por la inspiración cristiana de las personas y de la comunidad misma, por la luz de la fe que ilumina la reflexión, por la fidelidad al mensaje cristiano tal como lo presenta la Iglesia y por el compromiso institucional al servicio del pueblo de Dios. (Discurso a la Universidad Católica del Sacro Cuore, el 25 de noviembre de 2005).

De esta manera, el Papa nos señala cómo el sentido original de la universidad católica es profundizar la síntesis entre fe y razón, entre lo teológico y lo antropológico, entre la experiencia de Dios y el conocimiento humano, entre la ciencia sobre Dios y las ciencias humanas.



Frente a la siempre posible atomización y dispersión del conocimiento humano, la universidad católica –cuyo centro es la facultad de teología y cuya vocación primigenia es desentrañar la verdad– debe ofrecer una mirada integral y coherente de toda la realidad del ser humano y del universo, que permita a los miembros de la sociedad contemporánea recuperar el sentido unitario de su existencia y de su tarea en la creación.

Esta tarea está confiada a cada uno de los teólogos, porque si la búsqueda de la verdad con la luz de la fe es tarea permanente de toda la Iglesia, el que hace de la teología su servicio específico a la Iglesia y al mundo debe dedicar toda su razón, su inteligencia, sus capacidades, su voluntad, a enriquecer con su aporte el riquísimo acervo de la teología y, de esta manera, hacer posible que la teología vuelva a ser el alma de la universidad y también el alma de la búsqueda común de sentido, es decir, de verdad en la sociedad.

Esta tarea no es posible sino en la medida en que el teólogo entre en contacto personal con aquél que se proclamó a sí mismo como la verdad; contacto personal que implica todo un proceso, que el mismo señor Jesucristo nos ha descrito en el Evangelio de Juan: “Si permanecen fieles a mi Palabra, ustedes serán verdaderamente mis discípulos; así conocerán la verdad y la verdad los hará libres.” (Jn 8,31).

*“Si permanecen fieles a mi Palabra”...* Jesucristo es la Palabra misma de Dios, como nos lo ha explicado espléndidamente el Prólogo del mismo Evangelio de Juan (cfr. Jn 1,1-18). Esta fidelidad a la Palabra se logra “estudiando apasionadamente las Escrituras” (cfr. Jn 5,39) para que las mil palabras que explicitan la única Palabra nos lleven, guiados de la mano por la tradición y el magisterio eclesial, al conocimiento profundo de la Palabra y en ella de la verdad. El teólogo es el que escudriña las Escrituras, taladrando la letra para encontrar en ella el Espíritu que da testimonio de la verdad.

*“Ustedes serán verdaderamente mis discípulos.”* Permanecer fieles a su Palabra es, por tanto, permanecer unidos a él, como el sarmiento permanece unido a la vid (cfr. Jn 15), para que la savia vivifique la rama y le permita dar fruto; es iniciar el recorrido de un camino que es el “camino nuevo y vivo” que inauguró Jesús con su sangre (cfr. Hb 10,19-20); es compartir su vida, ya que no se trata simplemente de una doctrina, de una teoría, sino de permanecer en él para vivir, como él vivió (cfr. 1 Jn 2,6) y poder exclamar con San Pablo: “Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,19-20).

“*Conocerán la verdad.*” En esa unión profunda con Jesús, experimentada a lo largo del camino que se recorre con él, la verdad se va abriendo poco a poco, se va revelando, la mente se llena de luz y todo adquiere un sentido nuevo, el sentido de la realidad creada por Dios y puesta por él mismo al servicio del hombre, para que éste se encuentre a sí mismo y todo lo creado al encontrar a Dios.

“*La verdad los hará libres.*” Entonces se tendrá la verdadera libertad, se romperá todo lo que aliena y esclaviza, se vencerá todo lo que es oscuridad y mentira, todo lo que es injusticia y violencia, y se podrá hablar de Dios y del hombre y del universo con plena valentía.

Sin embargo, hay algo más. Inmediatamente antes de la pregunta de Pilato –¿Qué es la verdad?– el señor Jesús revela el sentido profundo de su tarea: “Mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente para eso he nacido y para eso he venido al mundo. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz” (Jn 18,37).

En esas palabras Jesús ha plasmado el sentido de la tarea del teólogo, que no es solo descubrir la verdad sino dar testimonio de la verdad, porque se trata de un proceso que se proyecta hacia los demás, ya que se hace ayuda a cada uno de los seres humanos para descubrir el sentido profundo de su existencia y contribuye así a la construcción de una sociedad más humana, más justa, más fraterna, más solidaria.

De hecho, en nuestro mundo, la tarea del teólogo surge como un servicio fundamental a la sociedad. Sin la verdad ésta no puede construirse sobre cimientos sólidos que permitan que cada uno de los seres humanos y cada una de las obras de la creación sean respetadas en su dignidad inviolable y puedan contribuir todas a la gloria de quien las creó por medio de su hijo Jesucristo.

## CONCLUSIÓN

Queridos amigos, deseo sinceramente que estas reflexiones, nacidas del corazón, sean un estímulo para que la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana –una de las más importantes universidades católicas de Colombia– continúe ahondando permanentemente en su misión y en su tarea de descubrir la verdad, para que ésta ilumine no solo a sus estudiantes sino también, por medio de ellos, a la sociedad en que vivimos, que experimenta con fuerza los terribles conflictos que se presentan en la cultura actual con sus tendencias a construir el mundo como si Dios no existiera.

Grande responsabilidad esta que –de ello estoy seguro y así lo pido al Señor– la Pontificia Universidad Javeriana ha asumido con gran altura y acierto a lo largo de su historia, y que hoy, al inicio del tercer milenio, está llamada a vivir con nuevo vigor, para ser cada día más un faro que muestre la luz de la verdad a una humanidad cada día más necesitada de orientación para hallar la fuente de la verdadera prosperidad, de la verdadera felicidad, de la verdadera paz.

Muchas gracias.

